

Recuerdos íntimos del Coronel Carlos Delgado Chalbaud

Elite.

Hacía exactamente un mes que llegó de los EE.UU. Doña Lucía de Delgado Chalbaud acompañó a su hijita a New York: Elenita estudia en el Liceo Francés de la capital norteña. El día 13 se cumplía justamente el mes de su regreso al hogar. Serían las 9 y diez minutos de la mañana cuando el Coronel se despidió de su esposa:

- Me voy. Hasta luego...
- Carlos: cuéntame como te fué ayer...
- No, es muy tarde. Son más de las nueve. Te contaré después del almuerzo...

Regresaré a la una.

El extinto Presidente tenía prisa. El que madrugaba por costumbre podía sufrir un retraso. Y ésto le ocurría muy pocas veces.

Serían las 9 y 20 cuando llamaron de Miraflores. Era con la señora:

- Señora: ¿tiene noticias de que hayan matado ahí a un policía?...

No, ella no tenía ninguna. Nada más. ¡Qué raro! Algún error...

Apenas un minuto después nueva llamada. También de Miraflores:

- ¿Qué si ha pasado algo?... No, no sé... ¡Dígame: ¿ha llegado mi marido?...

Ella no sabe nada, no puede figurarse nada. Pero algo ha despertado ese fino instinto de mujer, de esposa: "¿No ha llegado?"...

Se viste apresuradamente. Se dirige a Miraflores. Antes ordena que algunos del personal de guardia lleguen hasta La Carlota. "Pueden haberle secuestrado y obligarle a abandonar el país"...

En el Palacio de Miraflores algo anda mal. Caras de consternación, gestos duros. Alguien se le acerca solícito al llegar: "Señora..."

- ¿Por qué me da el pésame?... ¡Dígame: ¿qué ha ocurrido?...

Aquella amenaza que ella presentía vagamente como si fuera una pesadilla, se ha hecho realidad. Una realidad dura, afilada, que se clava allí dentro como a traición. Quien comparte su pena trata de ponerle algún remedio...

- Está herido nada más... En una casa de Las Mercedes...

Siempre se aferra el alma a una esperanza. Pero la angustia muerde con rabia en la que queda... ¡Ella quiere verle! ¡Salir de aquella incertidumbre!... ¡Si no fuera más que éso!...

Aquel pequeño resto de esperanza parece desvanecerse. La confirmación de una sospecha crea un sentimiento nuevo. El dolor no parece tener medida. ¡Crece, crece!... Aquel cuerpo, minutos antes lleno de vida, no responde a estímulos. Lo trasladan desde la quinta "Mariza" al Hospital Militar. Doña Lucía mira angustiada al herido. El trayecto se hace largo... Y aún viaja en aquel carro que atraviesa veloz las calles de Caracas un resto de esperanza. ¡Cómo si la esperanza tampoco tuviera medida!

La ciencia médica sí la tiene. Hay un muro que no puede franquear. Pero la practican los humanos. Y el hombre agota los recursos alentado por algo más que la razón: el inagotable milagro del sentimiento. Y a pesar de la evidencia se le prestan auxilios médicos: transfusión, respiración artificial... Se hace difícil creer, pero allí está la realidad, el choque brutal contra el muro que marca el límite del "más allá".

En Nueva York...

Son las tres de la tarde. Elena Delgado Chalbaud, Elenita para los suyos recibe clase de matemáticas. Tiene quince años. Es rubia, ojos de un gris claro, con lentes, tiene un extraordinario parecido con el Coronel. Se extraña mucho de recibir a aquella hora la visita de sus abuelos, los padres de mamá. Hay algo embarazado en sus gestos, un temblor extraño en su voz. Piden hablar con la maestra y Elenita les ve pasar a la habitación contigua con el raro presentimiento de que algo ha sucedido. ¿Será papá?... ¿Será mamá? ¿Alguna repentina enfermedad acaso?...

Su imaginación teje y desenreda mil suposiciones: "Acabo de recibir cartas de papá y de mamá... ¡No, no puede ser nada de eso!... ¿Qué puede ser?".

Su profesora tiene ahora el mismo gesto torpe de sus abuelos, el mismo timbre incierto de voz: "Elenita"...

¿Por qué había de suceder esto precisamente a su papá? No se han extendido en detalles, pero ella sabe que ha sido algo horrible. Se le representa tal como le vió tres meses antes: cariñoso, bueno, plegándose a todos sus deseos. Cada recuerdo son muchas lágrimas. Y surgen uno tras otro como si su cabecita fuera incapaz de otra cosa que revivir cosas pasadas, el tesoro inagotable de recuerdos.

Al día siguiente regresó a Caracas en compañía del Cónsul, Antonio Dávila Delgado.

Los recuerdos

Doña Lucía de Delgado Chalbaud lleva impresas en su rostro la angustia y la resignación. Después de esa trágica lucha contra lo inevitable, que agota el alma, viene el reposo de fuerzas que viven en agonía. La esposa del extinto Presidente revive a cada paso escenas de hogar de aún hace muy pocos días. Mil detalles despiertan en ella facetas nuevas del mismo sentimiento. Un libro sobre la mesita del recibidor, un objeto personal cualquiera, el lugar donde se sentaba a escuchar música son fuente inagotable de recuerdos que la tragedia ha hecho dolorosos.

– Era de costumbres muy regulares. A sus horas se sentaba en el mismo lugar, hacía las mismas cosas... Era tan sencillo y tan cariñoso que a todo tomaba apego; a todo, personas, cosas y animales, se sentía unido como si a todo alcanzara su sensibilidad...

El malogrado hombre de estado venezolano tenía entre otras muchas la virtud de ser sencillo, asequible, bueno. Su residencia, de una exquisita sencillez, de modestia mezclada con buen gusto, ayuda mucho a comprender su carácter.

Su gabinete de trabajo es reducido. Todo está a mano y todo en orden, pero nada indica la rigidez militar que fuera presumible en su dueño. Es un lugar de trabajo. De labor intensa, de veladas dedicadas al estudio. No falta lo imprescindible. No pude observar nada superfluo. Una mesita de tabla movable para comodidad de trabajo; pero un taburete sin respaldo, invitando a sentarse para trabajar. De día, por la mañana, la luz de la ventana y desde aquí el maravilloso paisaje del Avila imponente y austero. "Que no me muevan la mesita –decía a menudo– me gusta mirar por la ventana mientras trabajo".

Una máquina de escribir portátil. Lo necesario para poner en limpio algunas notas. A mano, los últimos libros de consulta. Materias varia particular. A un lado, estantes de libros y más libros. No anaqueles de adorno con libros sin abrir puestos en fila como para una revista. Libros pequeños, grandes, empastados en cuero con cubierta de rústica, pero usados en consulta frecuente, como soldados en activo. Colgados cuadros de familia y algunas pinturas.

– Fíjese Ud. en ese espejo –nos decía la esposa del Coronel–. Sentado aquí, en este sillón, veía reflejarse ese trozo de paisaje maravilloso de la falda del Avila. Así reposaba a veces, vuelto de espaldas a la ventana. Y me decía con frecuencia: "Este es mi viaje a Suiza. Lo realizo cuantas veces quiero"...

Y en verdad, el verde brillante del paisaje contrasta con el blanco vivo de algunas quintas como en las estampas mejor logradas de la propaganda turística de los celebrados paisajes suizos.

Esparcidos aquí y allá, miniaturas graciosas, pequeñeces con sabor de intimidad, nimiedades que ayudan a comprender en tan gran medida el carácter de quien las posee.

– Le gustaban las miniaturas. Verá Ud... Este es el último regalo que hice a Carlos... ¡Y no lo hubiera cambiado por el obsequio más costosos!...

Son dos cajitas de un primoroso trabajo de artesanía. pero chiquitas, como esas miniaturas que sirven para guardar un rosario. "No hacía falta gastar más de 20 bolívares para verle contento con el regalo".

El estadista venezolano era un lector insaciable y un eterno estudiante. Alcanzar una meta suponía crear otra más lejos. Era el "constante aprendiz" que hace a los hombres llegar tan lejos.

– Leía de todo. Religión, política, sociología, historia, filosofía...

¿De los filósofos?... Ultimamente tenía preferencia por Bergson, por ejemplo; aún cuando alternaba con obras de otros autores. Le gustaba mucho descansar de las lecturas de cierta aridez con otras más ligeras, con preferencia obras de Giraudoux, Anatole France, entre los autores franceses, y José María Eca de Queiroz.

El Coronel mandó traer hace poco los libros de texto que utilizó en sus estudios. Desde los primeros de su bachillerato hasta aquellos de altos estudios que utilizó para finalizar su carrera. Los recibió todos apenas hace tres meses. El mismo trabajó en clasificarlos y colocarlos en los estantes. "Los miraba como si tuvieran algo que contarle de sus esfuerzos y trabajos de estudiante"...

El dormitorio del Coronel es de la misma sencillez. Choca siempre el mismo detalle de austeridad y la presencia de sólo lo indispensable. Cuidaba singularmente del detalle de que las flores del jarroncito estuvieran sobre la mesilla y no en otra parte.

El Coronel era un apasionado de la música clásica. Y en el hogar había una especie de lucha entre Bach y Beethoven. "La libertad genial" del primero, preferencia de la señora, contra el personalísimo estilo del "coloso de Bonn", por el que se inclinaba el Presidente.

– También le gustaba mucho la ópera. Tenía especial preferencia por "La Traviata" y cuando alguien le hablaba de temas fastidiosos solía interrumpirle en tono jovial: "Vamos a escuchar 'La Traviata', después seguimos hablando"...

El Coronel era muy asequible y muy llano. Recientemente tomaron a su servicio a un matrimonio portugués. El Coronel llegó al mismo tiempo que entraban el nuevo mesonero y su esposa. El Presidente se adelantó a darles la mano y después explicó a su señora: "Tienen que conocerme. De otra manera no sabrán quién soy".

– Sabiendo cómo gustaba él de cosas tan sencillas, un día se me ocurrió darle el menú que escribió el portugués. Era un galimatías incomprendible para quien no pusiera algún instinto raro en su lectura. Tanto disfrutaba con esto que solía decir con frecuencia: "Prefiero el menú del mesonero a la comida. ¿Dónde está el de hoy? ¡No puedo estar tranquilo sin saber lo que estoy comiendo!".

Otros recuerdos

Se conocieron en 1931. El estudiaba entonces en la Escuela de Trabajos Públicos, en París. Ella concurría a las clases de la Escuela "Gran de Chaumière", de Arle. Se casaron dos años más tarde, el 21 de febrero de 1933. El Coronel tenía entonces 24 años.

– Eramos pobres, pero me sentía como una reina. Tenía tan grandes simpatías, era tan querido, que era delicioso vivir en su mundo.

El joven militar de entonces tenía las mismas inquietudes patrias del Jefe de Estado. "El no concebía otro destino ni otro fin que Venezuela. Tuvo halagadoras ofertas, grandes oportunidades de aceptar puestos de Ingeniero en el Lejano Oriente, de cargos en la capital francesa. Sin embargo, nunca le ví titubear. El nunca reparó en otro camino que el de su patria".

El joven matrimonio seguía pendiente de las noticias que llegaban de Caracas. El Coronel recogía en la Embajada periódicos y revistas. Sostenía correspondencia frecuente con los amigos de su familia. Y mientras vislumbraba una oportunidad de regresar a su país, seguía estudiando, seguía trabajando.

El contaba a su joven esposa anécdotas de su infancia, revividas en su mente por el relato de su mamá. Los recuerdos de Venezuela eran un tesoro para aquel ser ávido de patria y celoso defensor de su pueblo allí donde se le mentara. "Marcos Calderón –solía contar, como si fuera algo muy importante de su vida, porque sucedió en Caracas– me llevaba en la carreta, donde acostumbraba conducirme de paseo. Yo apenas tenía cuatro años. pero me atreví a pedirle las riendas. Tanto debí patlear y tan bueno era Marcos que me las dejó un momento. Bastó para que yo tirara de un lado, arrancara de costado el animal y se volcara la carreta. '¡Qué hiciste!' –me dijo Marcos en un regaño. 'Pues yo le dije que volteara la carreta y me obedeció'".

El Presidente quería mucho a su hijita. El planeó su educación y él intervenía en los menores detalles de sus estudios. Con ella jugaba muchas veces armando, desarmando y haciendo funcionar un tren eléctrico que hacía marchar por toda la habitación.

A pesar de sus muchas ocupaciones y los pocos momentos de descanso de que disfrutaba, era extraordinariamente comprensivo y paciente.

Tenía un "extraordinario sentido común". Poseía ese raro equilibrio que permite mantener el punto de vista certero, el ánimo sereno y el juicio equitativo, aún en momentos difíciles. "Sabía distinguir con sabia simplicidad lo bueno de lo malo, lo ridículo de lo elevado, lo práctico de la simple especulación. Concebía con rapidez y con una visión tan clara de las cosas, que atraía, que cautivaba. Poseía el don raro de hallar el lado inocente de buscar la belleza".

El Coronel quería mucho a su mamá, así como a su hermana. "Y tenía especial predilección por las señoras ancianas, amigas de su mamá. No podía haber mejor embajada que una de sus amigas. Tanta era su admiración por ella que cualquier recomendación suya constituía el mejor argumento para ponerle a su lado".

Y tenía una especial concepción de la utilidad e importancia de los procedimientos. "Yo soy partidario –le decía en cierta ocasión un político– de la 'acción relámpago'. Dar duro y pronto allí donde se aprecia el mal'. 'Yo –le contestó con calma el Coronel– prefiero ir 'poco a poco', amigo. Esa es mi divisa".

Así era él. Enemigo de la violencia. Hombre que creía en su pueblo porque lo conocía y lo sentía.

Diga –nos dice doña Lucia de Delgado Chalbaud al despedirnos– que tanto yo como mi hija Elena estamos profundamente conmovidas con las manifestaciones de duelo recibidas de todo el pueblo de Venezuela, y en particular agradecidas a los Tenientes Coroneles Pérez Jiménez y Llovera Páez por el profundo dolor que ha causado en ellos la muerte de mi esposo, a quien los unía un sincero afecto y comunidad de ideales. También quiero significar mi agradecimiento a los demás compañeros de armas y de gobierno. Para bien de Venezuela, tengo la seguridad de que el castigo será inexorable para los culpables que han segado en plena juventud la vida de un ciudadano íntegro, servidor de su pueblo, y un amante esposo y padre".